

20728
1847
HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

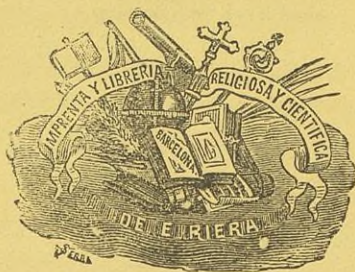
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 88.

desde que han sido iluminados y ven que la vida del convento es un insulto á la divinidad, la culpa estaría en no emplear contra los conventos el poder que para ello han recibido.

Miéntas los que respetaban la honra de su hábito, al arrojarles de un monasterio, se refugiaban en otro ó se escondían en un sitio oculto á rogar allí por los infortunios de su patria, los adictos á Lutero estaban dando los mayores escándalos.

Erasmus nos describe á aquellos apóstatas presentándose cubiertos de la mayor degradacion, danzando públicamente, celebrando sus sacrílegas bodas en medio de orgías las más vergonzosas.

«En otros tiempos, prosigue Erasmo, se renunciaba á la esposa por amor al Evangelio; hoy se dice que el Evangelio progresa cuando un fraile tiene la suerte de dar con una mujer



ASESINATO DE RELIGIOSOS.

bien dotada. Lo malo es que no todos tienen la dicha de Ecolampadio, que para mortificar la carne, ha tomado una mujer joven, rica y hermosa. Le llaman á esto la tragedia luterana; lo que es para mí tiene más carácter de comedia, pues sabido es que las comedias terminan con casamientos (1).»

No faltaron muchos que tuvieron que expiar su delito en la indigencia. Se les veía andar hambrientos, mendigando de puerta en puerta, medio desnudos. Muchos acudieron al recurso de pedir que se les diese trabajo en las librerías.

Erasmus refiere haberle salido al paso algunos que vagaban por los sitios más escandalosos, llegando á penetrar en los conventos para constituirse en raptos de las religiosas. Se realizaba de una manera harto triste el *corruptio optimi pessima*.

Alguno de estos infelices penetraba en algun templo vacío, y entre el aplauso de sus ca-

(1) Erasmi Ep.

maradas subía al púlpito y decía: «Si en los primeros tiempos del Cristianismo la Iglesia se había visto en la precision de exaltar el estado de la virginidad en medio de una sociedad pagana en que se honraba el adulterio, hoy, que el Señor hace brillar la luz de su Evangelio, es indispensable elevar el matrimonio y glorificarle á expensas del celibato de los papistas.»

Los hubo tan degradados que se atrevían á publicar como una gloria el primer día que violaron el sexto mandamiento.

Algunos, poco despues de haberse unido á una mujer, la abandonaban, pretextando que Lutero no había encontrado en ningun lugar de la Escritura un texto que condenase el divorcio.

Empezó á introducirse la bigamia entre los reformados. Era esto minar en sus bases la constitucion de la familia; muchos de los mismos luteranos se indignaron y preguntaron al doctor si podían autorizarse aquellos nuevos escándalos, ó si debía hacerse que los reprimieran los poderes públicos. Lutero contestó:

«El príncipe debe preguntar al bigamo:—¿Á lo que obedeces es á tu conciencia dirigida por la palabra de Dios? Si responde:—Obedezco á Carlstadt ó á algun otro, entónces el príncipe no puede objetar nada porque no es él quien puede turbar ó apaciguar la voz interior de este hombre, ni decidir en una materia que incumbe toda á aquel á quien, segun Zacarías, le ha sido dado explicar la ley divina. En cuanto á mí, lo confieso, para impedir la poligamia no sabría en qué apoyarme. Pero hay cosas que están permitidas y que, no obstante, una persona decente no debe practicarlas. La bigamia es de este número (1).

Carlstadt, el portaestandarte de la escuela del escándalo, responde á Lutero:

«Pues si ni tú ni yo encontramos texto en que apoyarnos contra la bigamia, seamos bigamos, trigamos, tengamos todas las mujeres que nos sea posible mantener. Creced y multiplicáos. ¿Lo entiendes? Deja que se cumpla la orden del cielo.

XXX.

Actos de pillaje contra las casas religiosas.

Con motivo de la guerra de los aldeanos, sabido es que Lutero había desertado la causa popular para favorecer el despotismo de los príncipes.

Melancton mismo lamenta la inmolation de las libertades populares hecha por Lutero en aras de la potestad civil, á la que otorga un pleno dominio en las cosas religiosas y constituye en juez hasta de los asuntos eclesiásticos y de las disputas teológicas.

Al landgrave de Hesse, con motivo de las discusiones religiosas que tenían frecuentemente lugar entre los ministros reformados, le aconseja que retire las licencias de predicar al que no predique el Evangelio verdadero, y hé aquí un príncipe seglar constituido en obispo.

Bucero proclama abiertamente la teoría de la esclavitud como no se hubiera sostenido ni aún en tiempos de Aristóteles; enseña que sobre el poder no hay nada, que el que lo ejerce es el solo árbitro de sus actos, que nadie está autorizado á fallar si el príncipe ha obrado conforme á derecho ó por mero capricho, que está facultado para imponer los castigos que juzgue convenientes, incluso el derramamiento de sangre, porque en todo lo que hace es la representacion viva de Dios que está en el cielo.

En donde reside la autoridad, segun él, allí reside el derecho, y aún cuando el poder se subleva contra Dios, se debería obedecer al príncipe como instrumento de las divinas venganzas. Para Bucero el príncipe puede valerse de la espada y del fuego contra cualquiera que abrace el error, porque el que no acepta la doctrina reformada es peor que el ladron y que el asesino.

Quiere que el príncipe tenga el derecho de dictar pena de muerte, no sólo contra el cul-

(1) Ep. Luth. 15 juni 1524.

pable, sino contra su hijo, su esposa, y hasta su ganado, apelando para sostener tal doctrina á un texto del Antiguo Testamento. Luégo, añade, si el Nuevo Testamento ha hecho de la obediencia á la palabra pura de Dios un mandato aún más expreso que el Antiguo ¿no se deduce de ahí que la desobediencia á esta palabra debe ser castigada aún más severamente? Si le habláis de la ley de amor que JESUCRISTO vino á llevar á la tierra y que no permite el confundir el hijo inocente con el padre culpable, os contestará «que en tiempo de CRISTO los hombres de la autoridad civil no habian abrazado todavía el Evangelio y por consiguiente no podían referirse á ellos los mandamientos del Redentor.»

—Esto es la opresion, decía Erasmo, apoyándose en los textos mismos de Lutero; pero Bullinger, le contestaba:

—Distingamos: habria opresion, si se usara de violencia para arrastrar á un hombre al error; pero si se trata de conducirle á la verdad, la opresion no existe, aún cuando el príncipe se valga del cadalso: contra el disidente la intolerancia es un deber.

Los príncipes se iban aficionando á la Reforma, que favorecia sus instintos despóticos y sobre todo halagaba su codicia, poniendo á su disposicion las riquezas de las iglesias y de los conventos.

Sólo el duque Jorge se manifestaba á la altura de su deber en aquella crisis.

El duque Jorge era todo un caballero. Alma recta, corazon ardiente, de costumbres severas, estaba dispuesto á cumplir con lo que le dictara su conciencia, de cuyos derechos no abdicaba jamas. No se dejó seducir por el espíritu de innovaciones y mucho ménos por ninguna ambicion rastrera.

Al tratarse de combatir al luteranismo era de los pocos que estaban dispuestos á ponerse en la brecha.

El doctor Martin ensayó todos los medios para hacérsele suyo, pero en vano; no obtuvo del Duque sino una larga carta en que le acusa de la sangre derramada en la guerra de los aldeanos, de las iglesias profanadas, de las vírgenes deshonoradas, de los frailes desterrados, del incesto que va haciendo sus estragos por todas partes, de la restauracion de doctrinas idólatricas, de la ruina de regiones enteras, de la impiedad enseñada en las universidades y causando víctimas hasta entre las clases más humildes, y le pregunta si es posible hacer la paz con un hombre que viene siendo el azote de la Alemania.

«Guardad vuestro Evangelio, termina diciéndole; yo guardaré el mío, que es el que me da la Iglesia que lo recibió de CRISTO.»

Pero el duque Jorge descendió al sepulcro y entónces la propaganda luterana penetró en su palacio, obtuvo el favor de la corte y se difundió por el pueblo.

Con indisputable influencia sobre los que ejercían el poder, Lutero no habria de necesitar mucha elocuencia para inducirles á arrebatarse los bienes de los conventos.

«La abadías enclavadas en vuestro territorio, dice, son vuestras como lo son las fieras que cazáis en vuestros bosques, la aves que vuelan sobre vuestras posesiones, los peces que nadan en vuestros viveros. Los conventos donde viven unos holgazanes piadosos son casas de abominacion que devoran el alimento de vuestros súbditos, malezas que es necesario desarraigar si queréis que Dios os bendiga en esta vida y en la otra. Limpiad la tierra de este hervidero de frailes, teocracia más vergonzosa mil veces que el yugo de vuestros antiguos señores.»

Ya se concebirá que la palabra de Lutero habia de ser escuchada.

Melancton consigna que los príncipes, al ponerse de parte del protestantismo, se ocupan poco de la reforma de costumbres, ni de purificar el Cristianismo, ni de establecer una nueva enseñanza religiosa; «los príncipes preferían, añade, llevarse piadosamente á sus casas las preciosas joyerías de las más ricas iglesias.»

«Ya veréis, seguía diciéndoles Lutero en su *Argyrophilax*, qué depósitos de oro se guardan ocultos en los monasterios.»

El pillaje contra los conventos iba acompañado de tumultos y conmociones populares, de

actos de salvajismo y hasta de sangre siempre que se encontraba la menor resistencia, áun cuando ésta se redujese al deber de protestar de palabra en nombre del derecho.

En Zwickau un día de carnaval se colocaron una especie de lazos en los que multitud de estudiantes se divertían en coger á los frailes y religiosas que se iban arrojando de los conventos. A poca distancia se profanaba la estatua de san Francisco cubriéndola de plumas, mientras que una multitud de gente derribaba las puertas de un monasterio, robaba los objetos preciosos, rompía los cristales de las ventanas y echaba despues á la calle los libros de la biblioteca. El historiador reformado aplaude esta hazaña y resume su relato diciendo:

«Así cayó en Zwickau el papismo; así empezó á brillar la pura luz del Evangelio.»

En Stralsund la plebe empezó por arrojar á los frailes y monjas de sus conventos, embistiéndolos á pedradas; el Duque apaciguó el tumulto apoderándose de las casas religiosas y confiscándolas á mayor gloria de Dios.

En Elemburgo, la casa del Párroco es entregada al pillaje, y un estudiante que figuraba como jefe del motin, se viste los ornamentos sacerdotales y montado en un asno hace su entrada en la iglesia.

Juan de Sajonia pide muy cortesmente el inventario de un monasterio. Cuando lo tiene en su poder, precedido de fuerte escolta, se dirige á la casa religiosa, manda cercarla, ordena al abad que se presente, le registra y se apodera de todos los tesoros anotados (1).

Este ejemplo tuvo varios imitadores.

En Rostock los senadores, en traje de ceremonia, toman posesion del convento en nombre de la ciudad y sellan los objetos robados.

En Magdeburgo, por toda concesion, se toleró que los frailes continuaran en sus celdas, pero con condicion de que se despojaran de su hábito y abrazasen la reforma.

En Torgau, Leonardo Kœppe, al frente de algunos estudiantes, realiza una expedicion nocturna contra el convento de los franciscanos, saquea la casa, y á los frailes que se resisten se les echa por las ventanas.

Goetz de Berlichingen, Guillermo de Grumbach y Francisco de Sickingen, van á caza de frailes, como se va á caza de fieras.

XXXI.

Abolicion del culto católico.

De los trastornos que en Alemania venía produciendo la Reforma no sólo se resentía la fe religiosa, el órden político y las costumbres públicas, sino el desarrollo intelectual.

Ántes de la Reforma, junto al convento se levantaba la escuela, donde el hijo del pobre recibía, no sólo instruccion, sino muchas veces hasta alimento y vestido. Eck, Erasmo, Ecolampadio, Zwinglio, Lutero mismo debían á aquellos establecimientos de enseñanza su desarrollo intelectual.

Al cerrarse los claustros, se cerraron tambien las escuelas, y multitud de niños pertenecientes á humildes familias quedaron sin educacion y sin pan.

Se trató de que lo que ántes hacían los conventos lo hiciese la limosna; pero á medida que se cerraban las almas á la fe tradicional, se cerraban las bolsas á toda obra de piedad.

Lutero mismo lo reconoce y lo lamenta.

«No me admiraré, dice, que al fin Dios abra, no sólo las puertas, sino hasta las ventanas del infierno, que nos inunden oleadas de diablos ó llueva sobre nuestras cabezas azufre y llamas y nos sepulte en abismos de fuego como Sodoma y Gomorra. Si la Alemania debe seguir así, me avergüenzo de ser su hijo, de hablar su lengua, y si me fuese permitido acabaría por llamar al Papa y á los suyos á que viniesen á encadenarnos. Antes las bolsas esta-

(1) Arnaldo.

ban abiertas, no faltaba oro para dotar las iglesias, para levantar colegios. Entónces no se ahorra nada con tal de obligar á los niños á que fuesen á las escuelas; hoy las bolsas están cerradas con cadenas de hierro. ¡Nadie quiere dar cosa alguna! ¡Así son nuestros cristianos! Nada de escuelas, nada de maestros, la yerba se ha secado, la flor ha caído (Is. ps. VII). Nadie que cultive la inteligencia de los niños.»

¿Pero qué remedio indica el doctor Martín para atender á este mal? No se le ocurre otro que la accion del poder seglar, y ya no sólo para la enseñanza, sino para el sostenimiento y el ejercicio del culto; de este modo Lutero concentra en manos del príncipe todos los poderes, magistratura civil, pontificado religioso, direccion de las inteligencias á la par que de las almas, en una palabra, el cesarismo pagano.

«El Elector, el jefe supremo del Estado, dice, es quien debe vigilar, quien tiene la obligacion de defender la santa obra, que hoy todo el mundo abandona; es él quien ha de obligar á las ciudades y á los pueblos que levanten escuelas, que sostengan cátedras sagradas y pastores. Hoy no existe ni temor ni amor de Dios; roto el yugo del Papa, todo el mundo vive á su capricho. Es un deber para el príncipe educar á la infancia en el temor y amor de Dios, dar maestros y pastores á los niños; en cuanto á los viejos, que se vayan al diablo, ya que así lo quieren. Pero sería una vergüenza para el poder dejar á los jóvenes hundirse en el lodo.»

Lutero quiere que el alimento que debe darse á las almas, la forma del culto, el orden de las ceremonias, todo pertenezca al príncipe.

Para las parroquias, conforme á lo dispuesto por el doctor, deben organizarse comisiones mixtas de seglares y eclesiásticos, nombrados todos por el Elector, los cuales se encarguen de la visita parroquial y la administracion espiritual. Estos visitantes se enterarán de la vida, costumbres y enseñanzas de los ministros, y en caso necesario podrán deponerlos y excomulgarlos. El pastor puede acudir en alzada de la sentencia de la comision al Elector que ejerce las funciones de pontífice.

Ademas el poder político tiene el deber de velar sobre la eleccion de los pastores, la predicacion, la enseñanza y la liturgia.

Algunos pueblos bohemios consultan al doctor Martín respecto á la forma de institucion de los obispos. Lutero les contesta:

«Os reunís y en nombre del Señor procedéis á elegir á aquel que consideréis más digno de vuestros sufragios, le imponéis las manos, le confirmáis y le reconocéis por vuestro obispo.»

Era un procedimiento bastante sencillo.

Por aquella época empezó á aplicarse fuertemente la mano á los actos del culto católico. La sublimidad de sus ceremonias, lo expresivo y solemne de sus cantos, esa liturgia católica tan á propósito para elevar al hombre á las regiones de lo espiritual y de lo divino, todo esto habia de desaparecer á fin de dar lugar al culto protestante sin inspiracion, sin alma, sombrío como los sectarios que lo establecen, llevando el sello que le imponen aquellos espíritus sin fe, sin piedad, aquellos corazones de hielo.

En la Sajonia se suprimen las luces de los altares, el incienso, los cantos; las paredes de los templos aparecen desnudas como un sepulcro; se quitan los ventanales de colores al traves de los cuales penetra en la casa del Señor aquella luz misteriosa tan en armonía con el recogimiento.

Lutero se resiste á que la obra de destruccion sea instantánea. Conserva en el bautismo la sal que el sacerdote aplica á los labios del infante, la señal de la cruz que forma sobre su frente, el óleo con que unge el cuello y las espaldas; pero más adelante ya no guarda de todo el ceremonial católico sino el exorcismo y la señal de la cruz.

Estando ausente Lutero, el cabildo de Wittemberg declara abolida la misa; mas el pueblo murmura y entonces el doctor Martín la restablece, pero sin el carácter de sacrificio, sino como una ceremonia indiferente, suprimiendo el ofertorio, el cánon, y dejando sólo la elevacion, la salutacion á los asistentes, la mezcla del agua y del vino y el uso de la lengua latina.

Dudábase si había de abolirse la confesion auricular; se optó por un término miedo, por una confesion que no era confesion; el penitente se acercaba al ministro y decía:

—He pecado: esto bastaba; nada de número de culpas, de declarar la especie de las faltas; una mentira leve ó un parricidio, todo era lo mismo.

Otros iban más allá que Lutero.

Hausman inventó una ordenacion por insuflacion.

Amsdorf creía que lo único que debía conservarse eran las excomuniones, y se complacía en lanzarlas contra un infeliz barbero, que el doctor Martin no acertaba á adivinar en qué pudiese haber faltado.

Lutero quería contener á los impacientes, á quienes acusaba de echar por la ventana los zapatos viejos sin haber comprado todavía otros nuevos (1).

Hubo de tolerar que á los cantos latinos se sustituyesen otros en lengua alemana, y él mismo compuso algunos.

Erasmo, en vista de la serie de atentados que tenían lugar, emite sobre la secta el siguiente juicio:

«A mí me gusta, escribe, escuchar á Lutero que sostiene que lo que es él no quiere que los presbíteros y los frailes queden reducidos á no saber de qué vivir. En Strasburgo podrá ser; ¿pero y en las demas partes? Es cosa verdaderamente de risa; al que se quita el hábito se le da la pitanza; pues vaya al diablo el que se empeñe en guardar el hábito. Reíos todavía más al oírle protestar que su intencion no es hacer daño á nadie. Será no hacer daño el arrojar á los canónigos de sus colegiadas, á los frailes de sus conventos, arrebatár sus riquezas á los abades y á los obispos.

«¡Nosotros no matamos!—Pero si no matáis, la culpa no es vuestra, es de los que aprovechan sus piernas para poner tierra en medio. Tampoco matan los piratas al que se deja buenamente robar.

«Dejamos á nuestros enemigos que vivan en paz entre nosotros.—¿Pero los obispos y los sacerdotes están seguros en vuestras ciudades? Si tan tolerantes, si tan mansos sois ¿cómo se explican estas emigraciones en masa, este concierto de quejas que se elevan al trono?

«Les permitimos habitar entre nosotros.—Pero entendámonos: si no asistes á nuestras lecciones, no recibirás nada. ¿Quieres en tal día del año ir á una peregrinacion, quieres oír misa, ó comulgar en una capilla católica? Pues ya te compondremos. Si en el tiempo pascual no asistes á nuestra Cena tendrás que someterte al fallo del senado.

«Nadie aborrece tanto como nosotros las discordias.—Pues es claro; y para evitarlas no hay como derribar los templos que no sean de los nuestros.

«Vamos que todo esto parece un sainete. Vosotros decís:—«Al que os hiere en la mejilla derecha, presentadle la izquierda.»—Y yo sé uno que por una palabra dicha contra uno de vuestros ministros gime en la cárcel, y otro que ha estado á punto de ser condenado á pena capital.

«Son gente que siembran la calumnia á manos llenas. Dicen de un canónigo que se quejaba por no haber encontrado en Zurich un solo lupanar. Pues á fe que los lupanares en Zurich sobran. Al oír leer este aserto el canónigo aludido se echó á reír de compasion que sintió hacia esas pobres gentes. El único delito del canónigo era permanecer fiel á su fe y combatir las innovaciones.

«Me censuran á mí porque digo que su Evangelio mitiga el amor á las letras y me citan Nuremberg, donde los profesores están abundantemente retribuidos. Sea; pero preguntadlo á los habitantes y os contestarán que aquellos profesores no tienen discípulos; que el catedrático es tan perezoso en ir á explicar la leccion como el alumno en ir á escucharla, de suerte que sería menester pagar al estudiante lo mismo que al profesor.»

Osiandro en Nuremberg se presenta con todo el fausto de un pontífice; su casa es un mag-

(1) A Michel van der Strassen, 1523.

nífico palacio, su mesa puede competir con la de un monarca. Sube al púlpito con un traje deslumbrador, con los dedos cubiertos de anillos, con toda la afectación de un cómico.

Las cátedras, aún las más ilustres, van quedando cada día más desiertas. Melancton se queja de la soledad de la suya, y escribe á un amigo:

«Si hoy Homero resucitara entre nosotros y quisiera discípulos tendría que ir á mendigarlos. ¡Ah, amigo mío! He tratado en vano de ver si llenaba estos bancos desiertos de la universidad con las inimitables armonías de la segunda Olinthiana; ¿puede haber melodía más bella y más sublime que aquella palabra de Demóstenes? He tenido que persuadirme de que todo es inútil.»

XXXII.

Lutero aplica personalmente las doctrinas contra el celibato.

La rebelión protestante va revistiendo un carácter cada día más grotesco.

Hombres de algun criterio, que en un principio se adhirieron á la secta creyendo que de lo que se trataba era de una reforma de costumbres, al estudiar los resultados prácticos de la enseñanzas luteranas, se ayergüenzan de su apostasía y vuelven al seno de la Iglesia. Así lo verifican, á más de Staupitz, Miltitz, Crotus y muchos otros.

Lutero se lamenta de estas deserciones, y reconoce que entre los hombres que piensan seriamente, dominan corrientes nada favorables á su obra.

«Tengo que vigilar cuanto me es posible, dice, para que no nos abandonen muchos de los nuestros, entre los cuales veo que reina un espíritu que no me gusta.»

Los que nunca llegaban á reconciliarse con la Iglesia, ni aún en la hora de la muerte, eran los que habían roto con su voto de castidad. Así se explica el por qué Lutero nada combatiera tan rudamente como el celibato eclesiástico; el casamiento de un religioso era para él una conquista perfectamente solidada.

Es menester consignar, en honor á cierto resto de buen sentido que aún quedaba en Alemania, que los religiosos casados eran vistos con muy mal ojo, hasta entre los más entusiastas de la Reforma. Muy pocos de ellos se atrevían á contraer en público el himeneo por no tener que afrontar el desprecio de las gentes, se les señalaba con el dedo, y se inventó el nombre de *desfrailado*, que se consideraba como una injuria.

¿Por qué sus doctrinas contra el celibato el doctor Martin no las sancionaba con su ejemplo?

Muchos de sus compañeros de convento se lo exigían, pues casándose él, ya el casamiento de los *desfrailados* no sería entre los luteranos una vergüenza.

Lutero se resistía. Su amigo Spalatino le escribe transmitiéndole el consejo de Argula, mujer á la que ántes nos hemos referido, la cual decía:

—Es ya hora de que el nuevo Elías suba al cielo, aplaste bajo sus piés la serpiente monacal y se case.

—Gracias por el consejo, contestaba el doctor; Dios tiene en sus manos los corazones, y el mío, tal como hoy está, no siente afición hacia el matrimonio.

¿Obedecía al hablar así á sentimientos de castidad? No es fácil suponerlos en el que predicó el sermón sobre el matrimonio de que nos hemos ocupado ántes y que escribió continuamente libros panegirizando la incontinencia.

Era adagio vulgar que Lutero se apasionaba por tres cosas: la cerveza de Eimbeck, el vino del Rhin y las mujeres de la Sajonia.

Muy joven todavía, frecuentaba la casa de una viuda, donde se encontró con una muchacha, de la que decía á su amigo Spalatino:

—Hermano, esta niña me ha herido en el corazón; no seré feliz hasta tanto que posea este tesoro.

A lo que Spalatino le contestaba:

—Hermano, eres fraile y no debes ocuparte de niñas.

Lo que parece que contenía á Lutero era el temor de caer en desgracia del príncipe Federico, que calificaba de concubinaje el matrimonio de los religiosos, y tal vez tambien las sátiras de Erasmo, y sobre todo las de Schurf, que viendo á Lutero que se había puesto extraordinariamente grueso, que caminaba con dificultad á causa del excesivo peso de sus carnes, y de las proporciones que iba tomando su abdomen, decia:

—Si este fraile se casa se me figura que será cosa de reirse hasta el mismo diablo.

Mueré el elector Federico, y ya entónces Lutero escribe á Ruhel anunciándole que va á salir de Seeburgo, donde se encontraba:

«Voy á partir; quiero ántes de morir casarme con mi pequeña Ketha (1).

Antes de realizar su proyecto escribe al arzobispo Alberto de Maguncia:

«A ménos de un milagro, Dios no puede transformar un hombre en ángel. ¿Qué vas á responder tú cuando en el día del juicio Dios te dirá:—Yo te había creado hombre para que tomases una compañera: Alberto, ¿dónde está tu mujer?»

Inútil es decir que Alberto ni siquiera contestó á tan descarado insulto. Lutero se irrita de este desden y empieza á desatarse en injurias, diciendo:

«Anda, verdugo de cardenal, cabeza loca, Satanas de papista, perro rabioso, gusano de la tierra, hijo de Cain, á quien Lutero va á dar un divertido carnaval. ¡Ya verás tú cómo yo te hago bailar!»

De esta suerte la fiebre de sectario le trastornaba á Lutero la cabeza.

Las bodas del doctor fueron bastante precipitadas. Él da la explicacion diciendo:

«Al unirme á Bora sin advertirlo á mis amigos, me he propuesto hacer reir á los ángeles y llorar á los demonios.»

El casamiento tuvo lugar con Catalina de Bora, monja de veintiseis años de edad, el 13 de junio de 1525.

Lutero escribía á sus íntimos anunciándoles el himeneo:

«Hoy no hemos hecho más que un modesto convite; tenemos pensado celebrar la fiesta más tarde y entónces vosotros vendréis.»

El burgomaestre de Wittemberg envió á los recién casados doce botellas de vino, y la ciudad les regaló dos anillos.

Erasmo, al saber el matrimonio, escribía:

«Hé aquí un suceso bien singular: Lutero acaba de arrojar su manto de filósofo y se casa con una jóven de veintiseis años, alegre, bien formada, y que ya se había desprendido también ántes de su manto de vestal.»

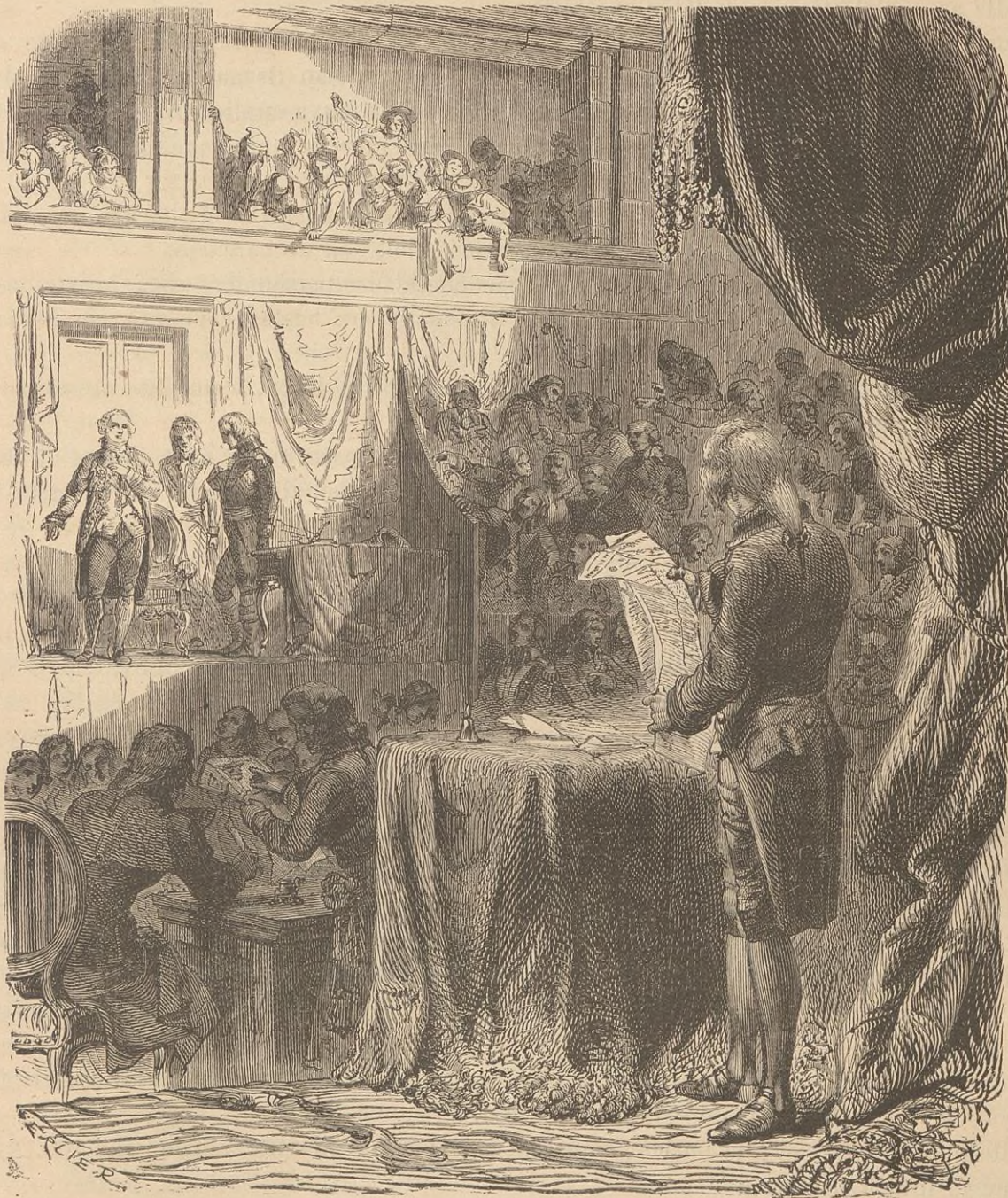
Parece que un mes despues Catalina de Bora ya era madre.

Al casamiento de Lutero siguieron otros por el mismo estilo. Algunos de aquellos frailes que habían abrazado la vida religiosa, no por vocacion, sino por comodidad, que profanaban la santidad de sus celdas con placeres mundanales, que al traves del hábito del fraile ocultaban un espíritu disipado, que rompían todas las reglas de la vida monástica, que pasaban la vida vaciando botellas de cerveza, no eran una honra para la religion. Al luteranismo le costó poco derribar las puertas de algunos conventos que hacía bambolear el espíritu de licencia que allí se venía introduciendo de antemano. Sucedió lo de siempre; la apostasia vino en pos del libertinaje; en cambio al lado de la severidad de costumbres, de la santidad, que tambien alentaba en algunas casas religiosas, se encontró la más admirable firmeza.

Poco tiempo despues, en 1528, se reunió en Spira una nueva dieta. En ésta los católicos tuvieron mayoría. Por otra parte se había introducido la más honda division en las filas de los reformados. Sacramentarios y luteranos se zaherían con la mayor acritud, y cuantos esfuerzos hizo el landgrave de Hesse para que vinieran á un acuerdo fueron inútiles. En cam-

(1) *Op. Luth. t. I, Ep. p. 887.*

bio los católicos obraban como si fueran un solo hombre. La discusión fué viva y animada. La asamblea resolvió que donde estuviera aceptado el edicto de Worms no pudiera cambiarse la religión católica, que en los demás puntos se aguardara la reunión del Concilio; pero que interinamente se dejara á los católicos completa libertad en el ejercicio de su culto. A los sacramentarios y anabaptistas se les declaró fuera de la ley.



EL REY ANTE EL TRIBUNAL DE LA CONVENCION.

Dos días despues los príncipes luteranos y los representantes de catorce ciudades imperiales se reunieron, y en un escrito público protestaron de los acuerdos de la dieta de Spira, en nombre de Dios y de los hombres, tomando de ahí el título de **PROTESTANTES**.

Cárlos V recibió el escrito de protesta en Bolonia, y despues de haberlo leído, dijo á los diputados de la minoría:

—Dios os juzgará: habéis rehusado el concurso de vuestros brazos y de vuestro dinero á vuestros príncipes sitiados; habéis violado lo que era una ley fundamental del imperio.

El Emperador les despidió diciéndoles que él iría en persona á poner en órden los asuntos de Alemania.

¿El doctor Martin, que había sido mal católico y mal fraile, fué buen marido? Sobre esto andan opiniones. En este casamiento fuerza es reconocer una ventaja, y es que Lutero y Catalina eran tal para cual, pues si Lutero había roto con sus votos de fraile, tambien Catalina había roto con los suyos de monja. En este punto se hallaban en idénticas condiciones; el uno no podia acusar al otro por su doble apostasia.

Bora, que por línea materna pertenecía á la noble casa de Haubitz, había entrado á los veintidos años en el convento de Nimptschen, del Órden de San Bernardo. Disgustóse de la vida religiosa y pidió á sus padres que la sacaran de allí, á cuya súplica éstos no atendieron. Entónces procuró interesar en su favor al doctor de Wittemberg, induciendo á la apostasia á ocho monjas más.

Leonardo Kœppe, á instigacion de Lutero, se introdujo de noche en el claustro, forcejó sus puertas y se llevó consigo á las nueve monjas, colocándolas en un carruaje.

Lutero no había de prendarse de Bora por sus cualidades personales, pues, aparte de que no dió nunca la menor prueba de ingenio, su fisonomía era bastante vulgar, no había en aquel rostro nada de expresivo.

Así se desprende del retrato que de ella hizo Cranach el 1528, y que fué presentado al mismo Lutero, el cual exclamó al verlo:

—Está muy bien; os queda todavía lugar en el cuadro para pintar otro, que es el de un hombre llamado Lutero; y enviaremos esta tela al próximo Concilio que ha de reunirse; que me parece hará allí un buen papel.

Sabemos que Lutero no estaba muy contento de Catalina como ama de casa.

—Estas mujeres de rostro blanco y sonrosado, decía, suelen servir para la piedad, pero no son buenas para hacer la cama ni la comida.

Tambien parece que ponía bastante á prueba la paciencia del doctor Martin, pues éste, gloriándose de esta virtud ante sus amigos, escribía:

«Paciencia con el Papa, paciencia con los entusiastas, paciencia con mis discípulos y paciencia con Catalina Bora: mi vida se reduce á una paciencia continuada. Estoy hecho el hombre del profeta Isaías, cuyo valor reside en la paciencia y en la esperanza.»

Quejábase Lutero de las preguntas impertinentes de su mujer. A lo mejor, miéntras el jefe de secta estaba ensimismado en alguno de sus proyectos, salíale Catalina preguntándole si el rey de Francia era más rico que el emperador de Alemania, si las mujeres de Italia eran más hermosas que las de Alemania, si Roma era tan grande como Wittemberg, si el Papa tenía diamantes más preciosos que los del elector Federico, y otras cosas por el estilo.

A veces el doctor impacientado acababa por proveerse de pan, cerveza y queso, y cerrarse en su despacho.

Una vez esta especie de divorcio duró tres días seguidos, durante los cuales Lutero permaneció en su cuarto trabajando en la traduccion del salmo XXII.

Catalina fué á llamar á la puerta, empezó á méter ruido; Martin se hacía el sordo. Al fin oyó que su mujer gritaba, diciendo:

—Si no abres, voy á llamar al cerrajero.

El doctor le suplicó desde dentro que no le interrumpiese.

—Abre, abre, repitió Catalina.

No hubo más recurso que obedecer.

—Es que tenía miedo que no te sucediese algo de malo, dijo Catalina.

—Pues mira, respondió Lutero, aquí lo único malo que hay es lo que tengo delante.

Lutero se quejaba de que su mujer no le obedecía.

—Para lograr una mujer obediente, decía, el único recurso que hay es ser escultor y hacerla salir de una piedra.

Catalina misma no ocultaba sus pretensiones de mando.

A veces Lutero se incomodaba, y con su fuerte voz le decía:

—Las mujeres vienen mandando desde Adan; ¿y qué nos han traído de bueno? Las cosas iban bien ántes de la caída, cuando Adan mandaba; pero vino la mujer y adios concordia, adios reposo. Hé aquí lo que con vosotras hemos ganado.

A veces las preguntas de Catalina no eran tan inoportunas como las que ántes hemos citado.

—Martin, le decía en cierta ocasión, ¿cómo es que cuando nosotros éramos papistas rogábamos con tanto celo y con tanta fe, mientras que hoy nuestras oraciones son tan tibias?

El doctor se paseaba con Catalina por su jardín una noche en que las estrellas centelleaban con vivísima brillantez.

—¿Ves qué resplandores echan estos puntos luminosos? dijo Catalina.

Lutero levantó los ojos y lanzando un ¡ay! que sale de lo más profundo de su pecho, exclama:

—Es verdad; esta luz tan viva no brilla para nosotros.

—Pero ¿y por qué? preguntó Bora, ¿será que estemos desheredados del reino de los cielos?

—Quién sabe si es el castigo que nos aguarda por haber dejado nuestros conventos.

—Pues entónces no hay más que un medio, replicó Bora.

—¿Y cuál?

—Volver á ellos.

—Ya es tarde, respondió el doctor cortando bruscamente la conversacion.

Al ver pasar á Catalina muchas mujeres de Wittemberg volvían la cabeza. La jóven entónces se echaba á llorar. Lutero la consolaba, diciéndola:

—No te aflijas, tú eres mi esposa; nuestra union es legítima. Deja que murmuren las malas lenguas (1).

Podemos decir que con su criminal union con Catalina Bora, terminó la vida pública de Lutero. Desde aquella época Lutero dejó de figurar en el gran teatro del mundo para reducirse á la modesta escena del hogar doméstico.

Allí vive pobre, reducido á aceptar algunas piezas de ropa que le proporciona el elector Federico, á vivir de prestado, á no poder hacer otra limosna que alguna carta de recomendacion para sus amigos. Tiene que vivir de las generosidades de los habitantes de Wittemberg, que no siempre se acuerdan de la situacion precaria del doctor Martin. Lutero se queja á veces del abandono en que le dejan, diciendo:

—¡Siempre alargar la mano y nunca recibir! ¿Cuándo acabará esta situacion?

No por esto renunció á su papel de propagandista; pero ya no es la propaganda de la cátedra ó del púlpito, es otra más funesta si se quiere, pero ménos gloriosa: la propaganda de la taberna.

Si se desea encontrar al doctor Martin, no hay medio más seguro que ir de noche al meson del Aguila Negra, donde el papa-cerveza, como le llaman los sacramentarios, permanece hasta que dan las diez. Allí tiene su sitio tradicional donde se coloca invariablemente rodeado de Veit Dictrich, de Mathesio, de Aurifaber, que se sientan á su lado, que pagan á escote el gasto que hacen, excepto el pobre Lutero, el cual tiene que ir muchas veces con la bolsa completamente vacía.

En los bancos del Aguila Negra se discute de exégesis, de demonología, del reinado del Antecristo, es decir, del Papa, los obispos y los sacerdotes, de las supersticiones, es decir, del celibato y la comunión bajo una sola especie, de la caída de Babilonia, ó sea del triunfo de la Reforma, del naufragio de la barquilla de San Pedro, ó de Sodoma, como se llamó á la Sede Pontificia en aquel congreso de bebedores, del rapto de alguna monja, de la apostasia de algun agustino que había echado su cordon y su capuz á la cara del superior, ó del casamiento

(1) *Op. Luth.*

de algun ministro reformado. Era de oír cómo allí se agotaba el diccionario de sarcasmos, de burlas, de frases equívocas contra los frailes que permanecían fieles á su deber, y sobre todo la libertad de lenguaje que se usaba al tratarse de mujeres y de vida conyugal.

La conversacion se anima á medida que de vaso en vaso van colorándose aquellos rostros. Lutero ante los espumosos jarros encuentra interpretaciones bíblicas en que no atinó jamas en el retiro de su celda; nunca como en presencia de aquella robusta y colorada sirvienta de la Snabia, que llena incesantemente los vasos de los parroquianos, se le habían ocurrido argumentos más originales.

Esta propaganda, hecha con un jarro de cerveza en la mano, acariciando al hijo de la posadera ó al perro de la casa, entre la algazara que allí se mete, que encuentra frases más expresivas á veces para aquellas gentes que todo un discurso, no deja de ser de mucho efecto.

Vamos á recoger alguna de las ideas del Reformador. Es el sitio en donde más se da á conocer, en donde mejor se revela su espíritu y su fisonomía moral.

La conversacion versa sobre el diablo.

«En cuanto á mí, dice, he sido mejor tratado por el diablo que por los hombres, y preferiría morir á manos del diablo que á las del Emperador; al ménos así moriría víctima de una cosa grande como es el diablo. ¿Pues no sabéis que yo he dormido más veces con el diablo que con Catalina?»

Tratábase de los obispos, y entónces Martin, con la mayor formalidad del mundo, se echaba á referir el siguiente cuento que todos escuchaban con la boca abierta:

«Vivía en las márgenes del Rhin un obispo que metía en una cárcel á los pobres que iban á pedirle limosna. Luégo cerraba las puertas y mandaba pegar fuego á la cárcel. Cuando los infelices gritaban pidiendo socorro, decía: «Escuchad, escuchad, ¿no oís como chillan los ratones?»—Vino un tiempo en que este mismo obispo se vió atormentado por los ratones. No pudiendo librarse de tan importunos huéspedes, se le ocurrió hacer construir en medio del río, con piedras de sillería, una vivienda; pero los ratones penetraron en el Rhin, siguieron al obispo en su nueva casa y se lo comieron.»

Rodaba la conversacion sobre los papistas, y entónces era cosa de oír cómo se despachaba el doctor:

«Este demonio de Cárlos V me ha hecho sufrir mucho cuando yo le veía perseguir la verdad. Eso de príncipes en el reino de los cielos, es caza menor: Pilátos vale mucho más que todos ellos. ¡Ah papistas, papistas! No sois más que cabezas de asno. Todos irán al infierno. Creedme, aquel que no odia de lo íntimo del corazón al Papa, es imposible que se salve. No odiar al Papa, es un pecado.

«Os voy á enseñar á los papistas y juzgarlos; yo, doctor de los doctores, voy á decirles:—Sois unos asnos, sois una cáfila de ignorantes; el que vosotros me odiéis me enorgullece. Decís que sois doctores; pues tambien lo soy yo. Yo valgo mil veces más que todos vosotros juntos. Papista es sinónimo de asno.

«Dos locos disputaban un día en la mesa del papa acerca el alma: uno de ellos sostenía que el alma es mortal.—Muy bien, dijo el papa, tus argumentos son una maravilla, tú tienes razon.

«Tomó la palabra el otro y defendió la inmortalidad. Entónces el papa exclamó:—Magnífico, no podías hablar mejor; la razon es toda tuya.»

Ocupábase de la muerte de algunos papistas:

«No se tienen bastante en cuenta los milagros que Dios hace todos los días. Véis lo que ha sucedido con el obispo de Tréveris, en la consagracion del Emperador: murió repentinamente al ponerse el vaso en la boca. ¿Y el conde N. de W?—En el instante mismo en que se preparaba á hacerme la guerra, muere? ¿Y no sabéis el fin desastroso que han tenido este año todos aquellos que con sus odios, con sus burlas, con sus predicaciones perseguían la palabra de Dios? Tenéis un ejemplo terrible de la cólera divina en la muerte de un papista

célebre A. L., que ántes de exhalar el postrer suspiro, en medio de las más terribles angustias exclamaba:—Diablo, tú eres mi amigo.—¿Y no habéis oído decir de un italiano que en el momento de tener que ir á dar su cuenta á Dios exclamaba:—Al mundo le dejo lo que poseo, á los gusanos mi cadáver y al diablo mi espíritu? ¿Y lo que sucedió con el cura de F. cerca de Francfort? Cuando la peste empezaba á afligir al país, dijo que era un castigo de Dios por haber enseñado una nueva ley, y anunció que en un día determinado irían en peregrinacion. Pues aquel mismo día se enterraba su cadáver. No puede negarse que esto es el dedo de Dios.—Si el Evangelio de Lutero es verdadero, decía el día de la Trinidad el pastor de Kunwald; que un trueno me aplaste; y en efecto, vino un rayo y lo dejó carbonizado.»

La conversacion iba á parar en los frailes.

«Los frailes, decía, son las columnas del papismo; defienden á los papas como las ranas á su rey. Yo soy el mercurio echado en el estanque, es decir, en la clerigalla.»

Háblase de los legistas:

—«¿Qué es un legista? Un zapatero ú otro cualquiera que se mete al oficio de disputar de cosas que no están bien; del sexto mandamiento, por ejemplo... Nunca hubiera creído que fuesen tan papistas como son. *Omnis jurista est aut nequista, aut ignorista.*»

Se metió á hablar de Gregorio I el Grande.

«Era un santo hombre este Gregorio el Grande... Hizo lo que hacen todos los papas; enseñar máximas detestables. El fué quien inventó el purgatorio, las misas de difuntos, la abstinencia de carnes, el capuz monacal y otras tonterías con que encadenó al género humano.»

No respetaba más á san Jerónimo:

«Yo considero á este san Jerónimo como una especie de hereje: siempre está hablando de ayunos, de virginidad, de celibato... vamos; no le quisiera yo por mi capellan.»

Decía de san Agustin:

«Es menester no fiarse de san Agustin. Muchos de sus libros no valen nada. Se le puso en el catálogo de los santos por equivocacion, porque lo que es la fe verdadera no la tenía.»

Oigámosle hablar del cielo. Era acariciando el perro del meson cuando el doctor emitía ideas como esta:

«Me preguntáis si habrá perros en el reino de los cielos: ¿pues no los ha de haber? ¿No sabéis que habrá entónces un cielo nuevo y una tierra nueva? Si, señores, allí tendremos hermosos perritos de cabeza toda de oro, de piel de piedras preciosas, con collar de diamantes y que ostentaran una perla en cada pelo. Lo que no habrá perros rabiosos; todos serán cariñosos, mansos y podremos jugar con ellos sin temor de ninguna clase.»

Oigámosle, por fin, consumir el escándalo ocupándose de Dios.

«Lo que es yo debo más á mi Catalina y á maestro Felipe que á Dios mismo. Dios no ha hecho sino locuras: si yo hubiese asistido á la creacion, le habría dado algunos buenos consejos; por ejemplo, el hacer brillar incesantemente el sol, el que siempre fuese de día.»

Todo esto dicho al trincar de los vasos, con el calor producido por la bebida, entre las carcajadas unas veces, y los aplausos otras de los parroquianos del meson que escuchaban á Lutero como á un oráculo, no podía ménos de producir desastrosos efectos de perversion.

XXXIII.

Melancton y la confesion de Augsburgo.

Despues de los triunfos obtenidos, Carlos se cree ya el árbitro supremo de Europa. Diríjese á Alemania, devastada por quince años de luchas religiosas. El Emperador sabe bien que del incendio que allí arde la guerra de los aldeanos no había sido más que una chispa, y que si los príncipes en aquella ocasion pudieron concertarse para una accion comun, ya que

se trataba de la defensa de sus diezmos, de sus castillos, de sus tierras y de su poder, les separaban hondas divisiones religiosas que habrían de producir terrible conflagración. Carlos cree poder atajar el conflicto valiéndose del prestigio de su poder y de su persona y se dirige á Alemania.

El Emperador hizo su entrada en Augsburgo el 15 de junio de 1530, presenciando aquella ciudad el espectáculo más solemne y majestuoso de que guarda memoria. El Emperador, joven, bien formado, con aquel aspecto que interesaba é imponía á la vez, iba montado en soberbio corcel blanco que él dirigía con la habilidad del más excelente jinete, saludando con la mano y con la cabeza al inmenso pueblo que se apiñaba á su paso, mientras trescientas campanas hacían oír su tañido de fiesta mezclado con las salvas de artillería, el toque de corneta y los aires de armoniosas músicas, dominando sobre todo los vítores de las muchedumbres. Era aquella una entrada imperial como jamás se haya visto. Carlos ostentaba su manto español bordado, deslumbrante de piedras preciosas, la silla de su caballo estaba guarnecida de topacios y de rubíes, brillaban en sus pies magníficas espuelas de oro. El riquísimo palio era sostenido por los senadores de Augsburgo, vestidos á la española.

Precedíanle el gran mariscal del imperio, Juan, elector de Sajonia, que sostenía en la mano derecha la espada imperial, al lado del cual iba el margrave de Brandeburgo, empuñando el cetro, ambos revestidos de mantos de escarlata, con vueltas de armiño. Inmediatamente después del Emperador seguían el rey de Bohemia con su corona en la frente, ocupando su respectivo lugar el arzobispo de Maguncia, el de Colonia y los electores eclesiásticos. Las calles estaban alfombradas de tapicerías. Fácil fué reconocer desde luego entre el cortejo á los luteranos. Cuando en las puertas de Augsburgo el Emperador montó en el caballo de ceremonia que se le tenía dispuesto, al dar la bendición el cardenal Campeggio, ninguno de los luteranos inclinó la cabeza (1).

El elector de Sajonia, que formaba parte de la comitiva, pensó en un principio oponerse á la entrada del Emperador é ir á aguardarle con un ejército al pié de los Alpes. Era una medida desesperada que había de costar muy cara á la Reforma. Lutero lo comprendió así, y escribió al Elector:

«Príncipe, nuestra causa no debemos defenderla con las armas.»

Recuérdese el lenguaje del doctor Martín en otras ocasiones en que excitaba á los luteranos á sublevarse, y se comprenderá que, lo que le inspiró esta vez, no fué un espíritu de paz que se avenía poco con su carácter violento, sino tan sólo una prudencia toda mundana, hija de la convicción de que en la lucha no hubieran sido los suyos los que llevaran la mejor parte.

El día siguiente se celebraba en Augsburgo la fiesta de Corpus, á cuya procesion ofreció asistir el Emperador, el cual invitó á su vez á los príncipes, sin distinción de católicos ni luteranos. Cabalmente entre las doctrinas de éstos había la de negar la presencia real en la Eucaristía. El tomar parte en aquella solemnidad implicaba una abjuración de sus errores; asistiendo á ella los príncipes luteranos afirmaban en público lo que negaban privadamente. La dificultad estaba prevista. La contestación de los protestantes estaba preparada de antemano. Se presentaron al Emperador, habiéndose repartido ántes los papeles, señalándose á cada uno lo que había de decir; fueron al alojamiento imperial como á las tablas de un teatro.

La afectación de los príncipes contrastaba con la calma de Carlos V.

El margrave, Jorge de Brandeburgo, tomando una actitud trágica llevó la mano á su cuello y proclamó con énfasis, que estaba resuelto á subir al cadalso y perder la cabeza ántes que renunciar al Evangelio.

Carlos V, pudiendo apenas contener su gravedad, dijo comprimiendo una sonrisa:

—¡Nada de cabezas, nada de cabezas!

Y Carlos se encerró en su silencio habitual.

(1) Menzel.

El Emperador era reservado, impenetrable como un misterio. El doctor Martin decía de él:

—Bravo hombre éste que habla ménos en un año que yo en un día.

El día de Córpus volvió á repetirse la escena. En virtud de lo acordado en una reunion habida durante la noche, fuéron al alojamiento del Emperador, á quien aguardaron que se levantase de la cama. Al presentarse á él, traían escrita una protesta, negándose á asistir á la procesion. Al ir á entregársela, el margrave de Brandeburgo toma de nuevo la palabra, y acercando otra vez la mano al cuello empieza su arenga:

«Antes que renegar del Evangelio...»

El Emperador le corta la palabra y le repite con igual laconismo que el día anterior:

—¡Nada de cabezas, nada de cabezas!

Estos señores tan celosos del Evangelio, eran el elector Juan, uno de los primeros gastrónomos de su época, y que encontraba inmejorable una doctrina que empezaba por suprimir la cuaresma, que declaraba ilícitos los ayunos y que se sublevaba contra la prohibicion de comer carne en días determinados, cuya despensa estaba provista espléndidamente con objetos sacados de los refectorios de los conventos y de las sacristías de las iglesias; el hijo de éste, Federico, tan buen bebedor como su padre, que distribuía el tiempo entre la mesa y el baile, personaje muy á propósito para dar animacion á un banquete, pero cuya teología no llegaba á las primeras páginas del Catecismo; el landgrave de Hesse, príncipe adúltero que pidió que se le autorizase para ejercer la bigamia cohabitando con dos mujeres y que se hacía servir en la mesa por camareros que llevaban en la bocamanga estas iniciales: V. D. M. I. Æ; *Verbum Domini manet in æternum*; Wolfgang, príncipe tan estúpido en materias religiosas que no llegó á saber hacer la señal de la cruz; Ernesto y Francisco de Luneburgo, que para saborear ellos el placer de robar las iglesias no lo permitían á sus inferiores.

El edicto de Worms era conculcado á las barbas mismas del Emperador; pues mientras en él se prohibía predicar á los novadores, la predicacion luterana tomó mayores proporciones en Augsburgo desde la llegada de Carlos, como un insulto hecho á su autoridad.

El 20 de junio se abrió la dieta, bajo la presidencia del Emperador y asistiendo el rey Fernando, los príncipes electores del Imperio, teniendo tambien allí su lugar el nuncio del Papa, los arzobispos, obispos y embajadores y los doctores católicos, entre los cuales, á más de Eck, había Cochleas, mas sutil argumentador que profundo teólogo; el secretario del cardenal Campeggio, Federico Nausea, uno de los grandes oradores de Maguncia, demasiado difuso, algo frío, pero perfecto conocedor de la ciencia sagrada, y que además de teólogo era literato, médico, legista, filósofo y astrónomo; Juan Faber, que sabía de memoria Aristóteles y santo Tomas, conocedor de su época, tan elegante en sus discursos como en sus vestidos, controversista hábil y que decía del doctor Martin:—«Primero que en Lutero, yo creería en el mismo Mahoma; al fin Mahoma conservó los ayunos, la abstinencia, las oraciones y las buenas obras.» De parte de los protestantes había Justo Jonas, Spalatino y Melancton.

Leído el discurso de apertura y despues de entrar en la sala muchos habitantes de Augsburgo, entre los que había zwinglianos, anabaptistas y carlstadianos, el elector de Sajonia, el margrave de Brandeburgo, los duques Francisco y Ernesto de Luneburgo y de Brunswick, Felipe, landgrave de Hesse y Wolfgang, príncipe de Anhalt, se levantan de sus sitios, se dirigen hacia el estrado del Emperador, y Jorge Pontano (Bruck), canceller del elector Juan, pide que se le permita leer públicamente ante las Ordenes la confesion de fe de los príncipes reformados, á fin de ilustrar á los que les atribuían opiniones heréticas. El Emperador les cita para el día siguiente en la sala del palacio imperial.

El documento estaba redactado por Melancton.

Melancton era un profesor más sólido que fecundo, un orador en el cual la sencillez se sobreponía á la elocuencia.

Lutero se prendó de él desde muy jóven y le constituyó en su niño mimado; en cambio

Melancton tuvo por Lutero una especie de culto, y se debe sin duda á esa fascinacion el que Melancton se pasase á la Reforma, á la que, por otra parte, no profesaba gran fe. Así se desprende del siguiente hecho que merece ser consignado. Su madre, luchando con la agonía, estrechó las manos de Melancton entre las suyas, y le dijo:

—Hijo mío, por última vez ves á tu madre; voy á morir, tú morirás tambien y tendrás que ir á dar cuenta al supremo Juez de todas tus acciones. Sabes que yo era católica y que tú me indujiste á abandonar la religion de mis padres. Pues bien: yo te conjuro en nombre de Dios vivo que me digas sin ocultarme nada:—¿En qué fe debo morir?

En momentos tan solemnes, á la voz de una madre moribunda, hombres que conservan todavía algo de rectitud como Melancton, expresan lo que les dice su corazon. Melancton contestó:

—Madre mía, la nueva doctrina es la más cómoda; la otra es la más segura.

Jamas se ve en los escritos de Melancton la pasion, la saña que respiran los de Lutero; y si alguna vez se asociaba á la cólera del doctor, acababa siempre por arrepentirse.

Con un poco menos de respetos humanos, tal vez Melancton hubiera vuelto de nuevo al redil de la Iglesia. No hay duda que entre los reformadores era el hombre de conciencia más honrada, lo que le faltó fué carácter.

Ocupándose Lutero del espíritu de moderacion de su discípulo, decía:

—Yo he nacido para luchar con el diablo; por esto cada escrito mío es una tempestad. Mi destino es hacer rodar peñas... Felipe tiene otra mision: procede con dulce quietud, edifica, planta, rocía, siempre en la paz y la alegría del corazon.

Encargósele la redaccion del documento que debía presentarse al Emperador. El trabajo era delicado, necesitábase hacerlo con tino; había de haber en él mucha habilidad para velar el error ó presentarlo al ménos en formas que Carlos no las interpretara como una provocacion.

El punto designado para la lectura de lo que se llamó *Confessio Augustana* ó Confesion de Augsburgo fué el palacio episcopal, que era donde se alojaba el Emperador. El salon no podía contener la concurrencia que se extendía por patios, corredores y hasta por los departamentos vecinos. El cançiller Baier, encargado de leerla, estaba dotado de una voz clara, lo que, añadido al silencio general con que se le escuchó, hizo que se le oyese á mucha distancia.

Los doctores católicos quedaron sorprendidos al oír aquel documento. No era el estilo de violencia y de insultos que hasta entónces venía caracterizando á la Reforma, sino un lenguaje templado, una argumentacion sobria; el error mismo aparecía envuelto entre las flores de una fraseología que no estaba en uso entre los protestantes.

Lutero aplaudió aquel documento, por más que no fuera su lenguaje, y que en ciertos puntos parecia la refutacion de algunas de sus doctrinas, ó al ménos la prueba de algunas de sus contradicciones.

—Este trabajo, dijo el doctor, me parece bien: nada tengo que añadir ni quitar; yo lo hubiera escrito con ménos calma y mansedumbre, pero no lo habría hecho mejor.

Los protestantes pidieron á los católicos que tambien ellos presentaran su confesion, á lo que Faber contestó con mucha oportunidad:

—¿Y para qué? Creemos hoy lo que creíamos ayer y lo que creeremos mañana.

El Emperador escuchó aquella lectura con su característica impasibilidad, tomó la version latina de manos de Baier, reservándosela para él, y entregó al arzobispo de Maguncia un ejemplar escrito en aleman, prometiendo á los príncipes disidentes que su escrito sería examinado detenidamente y contestado á su tiempo.

Los doctores católicos, al redactar la respuesta, tuvieron demasiado en cuenta que el protestantismo, más bien que un cuerpo de doctrinas, era una obra de apasionamiento; se acordaron demasiado de los insultos que les habian inferido en otras ocasiones los jefes de la Reforma. Habitados á las controversias de carácter algo violento que dominaba en aquel período

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Esta obra es una de las más importantes que se han publicado en España. Comprende la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Está dividida en veintidós tomos, cada uno de los cuales trata de un período determinado de la historia. El precio de cada tomo es de 10 rs. en folio y de 6 rs. en octavo. Se vende en todas las librerías de España y en las de los principales puertos de América y Filipinas. En Madrid se vende en la librería de D. Juan José Espasa.

LA VUELTA POR ESPAÑA

Este libro es una obra de gran interés para todos los que quieren conocer España. Trata de la historia, geografía, costumbres y productos de cada una de las provincias y de las islas. Está dividido en veintidós tomos, cada uno de los cuales trata de una provincia o isla. El precio de cada tomo es de 10 rs. en folio y de 6 rs. en octavo. Se vende en todas las librerías de España y en las de los principales puertos de América y Filipinas. En Madrid se vende en la librería de D. Juan José Espasa.

EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Este libro es una obra de gran interés para todos los que quieren conocer la fuerza de la conciencia. Trata de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Está dividido en veintidós tomos, cada uno de los cuales trata de un período determinado de la historia. El precio de cada tomo es de 10 rs. en folio y de 6 rs. en octavo. Se vende en todas las librerías de España y en las de los principales puertos de América y Filipinas. En Madrid se vende en la librería de D. Juan José Espasa.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS

Este libro es una obra de gran interés para todos los que quieren conocer las misiones católicas. Trata de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Está dividido en veintidós tomos, cada uno de los cuales trata de un período determinado de la historia. El precio de cada tomo es de 10 rs. en folio y de 6 rs. en octavo. Se vende en todas las librerías de España y en las de los principales puertos de América y Filipinas. En Madrid se vende en la librería de D. Juan José Espasa.

GALERIA CATÓLICA

Este libro es una obra de gran interés para todos los que quieren conocer la historia de España. Trata de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Está dividido en veintidós tomos, cada uno de los cuales trata de un período determinado de la historia. El precio de cada tomo es de 10 rs. en folio y de 6 rs. en octavo. Se vende en todas las librerías de España y en las de los principales puertos de América y Filipinas. En Madrid se vende en la librería de D. Juan José Espasa.

VOCES PROFÉTICAS

Este libro es una obra de gran interés para todos los que quieren conocer las profecías. Trata de la historia de España desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Está dividido en veintidós tomos, cada uno de los cuales trata de un período determinado de la historia. El precio de cada tomo es de 10 rs. en folio y de 6 rs. en octavo. Se vende en todas las librerías de España y en las de los principales puertos de América y Filipinas. En Madrid se vende en la librería de D. Juan José Espasa.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Este libro es una obra de gran interés para todos los que quieren conocer la historia de Francia. Trata de la historia de Francia desde los tiempos más antiguos hasta el presente. Está dividido en veintidós tomos, cada uno de los cuales trata de un período determinado de la historia. El precio de cada tomo es de 10 rs. en folio y de 6 rs. en octavo. Se vende en todas las librerías de España y en las de los principales puertos de América y Filipinas. En Madrid se vende en la librería de D. Juan José Espasa.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño más de folio, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo. El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. — Van publicadas 112 entregas.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs., en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecían poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hacia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.